

El cuarto canto, llamado de *Sacti* y de los otros dioses, empieza cabalmente con la canción muy larga, y en versos de veintiocho sílabas, que Indra entona con los demás inmortales en honor de Devi.

En el canto quinto los dioses son vencidos otra vez por los asuras Sumba y Nisumba, que roban sus riquezas y tesoros. Los vencidos se reúnen al pié del Himavat, donde cantan las alabanzas de la diosa.

« El himno de las potestades celestes no estaba terminado aun, cuando Parvati fué á lavarse en las aguas del Ganges. Entonces la diosa de las hermosas cejas volviéndose hácia los suras reunidos, les preguntó: — ¿Y quién es entre vosotras esa de quien cantáis tales alabanzas? — Yo, exclamó Siva (1), saliendo de repente del seno de la diosa. Yo soy el objeto de los cantos de los dioses, expulsador por el daitia Sumba, y vencidos en terrible batalla por Nisumba. — Así habló Siva, y porque había salido del seno de la diosa Parvati, recibió el nombre de Cosiki, y todos lo repitieron; pero Parvati, desde la aparición de Siva, se mostró negra á todos los ojos, y recibió el nombre de Caliki. »

« Entretanto Chanda y Musda, esclavos de los asuras, habían visto á la divina Siva, su forma celeste y su encantadora beldad. Dirigiéndose, pues, ambos á Sumba, su señor, exclamaron maravillados: ¡Oh gran rey! ¿quién es esa que resplandece sobre el Himavat? Nunca se ha presentado á nuestros ojos una hermosura mas perfecta. Averigua, ¡oh rey poderoso! quién es esa diosa, y que caiga en tu poder. Delante de ti está la mas hermosa de las mujeres, de miembros delicados, y que alumbra con su luz el Himavat. Rey de los Dáticos, mírala. Las joyas, las margaritas, los elefantes, los caballos, cuanto encierran de mas precioso los tres mundos, todo resplandece ahora en tu mansion: Eiravata, rey de los elefantes, gloriosa propiedad de Indra, el árbol Paridyata, el caballo utscheisrava y el carro tirado por los cisnes entran hoy unidos en tu corte; posees la admirable joya, adorno de Visnú, y el tesoro Mahapadma, en otro tiempo poseído por el dios de la riqueza: el Océano te ha dado un brazalete,

(1) Aquí Siva es hembra, esto es, Sacti ó energía de Siva aron. Quien sea símbolo de la luz. Parvati tiene en su seno la luz y las tinieblas; tan pronto como la primera se extingue, solo resta Caliki, es decir, la negra (de donde se deriva *caligo*).

» hecho de loto sin mancha, y Varuna su quitasol, del cual mana el oro: conquistaste el carro militar en que subia Pradyapati, y la espada que los dioses titularon vencedora de la muerte. Nisumba, tu hermano, posee la guirnalda del rey de las aguas, y piedras de mil clases; Agni te cedió dos ricos vestidos, purificados por el fuego. En suma, ¡oh rey de los daitias! ¿posees todo lo que tienen de mas precioso los mundos? ¿por qué no aspiras también á poseer la mas hermosa entre las mujeres?»

» Así hablaron Chanda y Munda, y el rey, despues de oírles, envió á Surgriva de embañador á Devi, diciéndole: — Vé y llama aquella hermosísima mujer, y si consiente en seguirte, condúcela sin tardanza ante mí. — Sugriva parte, y cuando ha llegado á la habitación de la diosa, en la fúlgida cima de la montaña, le dirige la palabra con voz mas dulce que la miel. »

Á modo de los mensajeros de Homero, Sugriva repite la enumeracion de los tesoros de Sumba, proponiendo á la diosa casarse con su señor. « Dijo, y Durga Bagavati, la que conserva la creacion, soltó una gran carejada. » La diosa respondió que impremeditadamente se había ligado hácia mucho tiempo con un voto, no debiendo poseerla sino el que la venciese en la batalla; y sin que la conmoviesen las súplicas ni las amenazas de Sugriva, persistió con burla en su resolucion.

Repetidas victorias de Durga contra sus perversos enemigos llenan los cinco cantos restantes: los generales de Sumba son vencidos; mueren en gran número los demonios, que huyen por todas partes. Solo Ractavidya, de cuya sangre, en llegando á bañar apenas la tierra, pululaban millares de asuras, se presenta para combatir con la terrible diosa: esta manda á Cali beber la sangre que destilan las heridas del gigante, el cual cae exánime. También Misumba perece, y Sumba desesperado grita: « No te enorgullezcas, ¡oh diosa! « Triunfas, es verdad; pero el honor de tus victorias no te pertenece á ti sola. » La diosa responde: « Ya soy sola en el mundo. ¿Quién, fuera de mí, existe en el universo? Mira cómo estas varias fuerzas entran todas en mi seno. » Dicho esto, todos los sactis son absorbidos por Devi, que queda sola contra el asura: combaten, este es vencido, y el mundo recobra la paz.

Véase GUIGNAUD, *Notas á Creuzer*, tom. I, p. 620.

NUM. III

LITERATURA GRIEGA.

§ 1. CANTOS GUERREROS.

TIRTEO.

I.

Al varon esforzado que pelea
Por defender su cara y dulce patria,
Glorioso es el morir en el combate
Cayendo en los primeros combatientes:
Mas el dejar de su ciudad los muros
Abandonando sus feraces campos,
Y mendigar es torpe y vergonzoso
Vagando errante con la cara madre,
Con el anciano padre y tierna esposa
Y con los dulces pequeñuelos hijos.
Despreciado y odioso á cuantos llega
Es el mezquino de indigencia cruda
Y misera pobreza violentado,
Él avergüenza su prosapia ilustre
Y cubre de rubor la noble frente,
Y á todas partes mezquindad y oprobio
Le sigue, y nunca generoso aspecto
Ni apreciada honradez en él se mira.
Ea, pugnad, mancebos; al combate,
Por esta tierra, por los dulces hijos,
Volemos y á la muerte, no esquivando
Del hado mejorable nuestra vida;
Mas pelead y mantened el orden
Del dispuesto escuadron que nos sostiene,
Y ni al temor ni á la cobarde fuga
Le déis entrada nunca, denodados;
El esforzado generoso aliento
En vuestro bravo corazon anide,
Seguro siempre, confiado y fuerte;
Con hombres como vos es el combate,
No huyáis dejando á los honrados viejos
En sus miembros sin fuerza ni soltura.
Torpe cosa será verles caídos
En las primeras haces peleando
Delante de mancebos florecientes
Dando en el polvo el generoso aliento,
Que los miembros sangrientos y desnudos
Encubren con sus manos... despacible
Y vergonzosa vista, los mancebos
Que tienen de la edad la flor hermosa,

Espectáculo bello á todos grato.
Bien parece á las hembras delicadas
El verlos en su edad y lozanía,
Ni ménos bien parece á los varones
Cuando en la lid sangrienta son heridos
Y entre los bravos combatientes yacen.

II.

Al olvido daré, ni el canto mio
Celebrará al varon aventajado
En la carrera ó la robusta liza,
Aunque haya de los ciclopes la fuerza,
Y el grandor, y corriéndose adelante
Al Tracio Bócreas, y aunque mas hermoso
Sea que el bello y agraciado Titon,
Aunque en riquezas y poder exceda
Á los soberbios reyes del Oriente,
Y al Pélope tantálida se iguale
En majestad y asiático decoro,
Ó tuviere de Adrasto el dulce canto,
Sin bélica virtud su gloria es vana.
Y no será en la guerra varon bueno
Si ver no puede con serenos ojos
La faz sangrienta de la cruda muerte,
Y de cerca esperar el duro encuentro
De los contrarios, ó invadir osado:
La bélica virtud, la mas preciosa
Prenda del hombre, y el ardiente jóven
Debe anhelarla como el bien primero
Que la fortuna en sus floridos años
Le permite gozar el noble orgullo
De servir á su cara y dulce patria.
Aquel varon que entrando denodado
Por las opuestas ordenadas huestes
Se mantiene constante combatiendo
En los primeros, y la torpe fuga
No se ofreció jamas á su memoria
Y á las agudas contrapuestas lanzas
Presenta sin temor la dulce vida,
Que mira con impávido semblante
La caída mortal del que á su lado
Estaba enardecido combatiendo,
Este será en la guerra varon fuerte;
Con su cuidado superar consigue
Las bravas olas de la lid sangrienta,
Revolverá sobre las fieras huestes
De los contrarios, y en confusa fuga

Al punto verá puestas sus falanges
Y tal vez el cayendo en los primeros
Pugnando perderá la dulce vida
Y ensalzará las glorias de su patria
De sus padres y pueblo venturoso.
Abierto el pecho y de caliente sangre
Purpúreo y abollado el grueso escudo,
Y por delante rota la loriga,
Los jóvenes y ancianos se lamentan,
Y toda la ciudad con triste llanto
Honra su muerte y de laureles cubre
Su túmulo, y sus hijos distinguidos
Entre los hombres son eternamente;
Jamás acabará su gloria y nombre;
Será inmortal, aunque el profundo seno
De la tierra le oculte, si constante
Defendiendo su patria y dulces hijos,
Y por la joven y adorada esposa
Segó su vida el violento Marte;
Y si por caso de las manos fieras
De la muerte que inspira eterno sueño
Pudo escapar venciendo, y al contrario
Arrebató el laurel de la victoria
Cubierto de años y de honradas canas
De su amada ciudad es el decoro,
Y todos le respetan á porfía;
Nadie quiere ofenderle, y todos ceden;
Danle lugar y dejan sus asientos
Los jóvenes, los otros sus iguales,
Y de la ancianidad la junta ilustre
Y en los suaves, deliciosos brazos
De la adquirida fama es conducido
Á la región del eternal reposo.
De tal virtud á la gloriosa cumbre
Quien quisiere subir no se detenga;
Pruebe animoso, ni el peligro esquive
De la sangrienta y hórrida batalla.

III.

Pues os preciáis de invicta descendencia
Del valeroso, del divino Alcides,
Buen ánimo, ¡esforzad! Ni así turbados
Estéis, que Jove su propicia frente
Aun no apartó de vos, el vano miedo
Dejad, ni las escuadras enemigas
Os den pavor y espanto; cada uno
Embrazando su escudo reluciente
Y la cortante espada, denodado
Á las primeras líneas se adelante
De los guerreros, y la odiosa vida
Ponga en las manos de la negra muerte,
Y el palpitante corazón descubra
Á los rayos del sol por las heridas,
Que no ignoráis que del violento Marte
Son ínclitas las obras horrorosas.
Ya conocéis el ímpetu espantoso
De la terrible guerra, muchas veces
De su furor ardiente arrebatados
Seguisteis arrollando al enemigo,
Acometisteis, y tal vez cediendo
Tornásteis rechazados; ambas suertes,
¡Oh jóvenes! habéis harto probado;
Mas los osados que el encuentro esperan

Y se sostienen juntos, ó animosos
Á las contrarias huestes se avalanzan,
Y cuidan de pugnar en los primeros,
Son mas felices, ni jamás se ceba
En sus pechos la espada desolante
Y salvan á las haces que los siguen.
La tímida virtud nunca prospéra,
Y en la lid mueren siempre los cobardes.
No es posible decir cuánta miseria,
Cuánta afrenta y baldones de continuo
Siguen al varón tímido que huyendo
Sale con torpe herida en las espaldas,
Ó atropellado muere en la lid fiera,
Cuando puso en sus piés su confianza.
Torpe cosa es morir en la vil fuga
Herido por detras de crudo golpe.
El varón fuerte con seguro paso
Atravesando el campo de batalla,
Se contrapone al enemigo esfuerzo,
Y mordiendo sus labios animoso
De su loriga y grevas defendido,
Y el pecho y hombros con el ancho escudo
Vibra en la diestra su robusta lanza,
Y con el fiero movimiento ondea
La alta cimera del luciente yelmo.
Así se ofrece á las hazañas grandes
Y muestra su denuedo en la pelea,
Y defendido por sus fuertes armas
No le horrorizan los fuéustos tiros
De las contrarias lanzas, y de cerca
Ó con la lanza ó con la aguda espada
El pecho rompe del contrario fiero,
Ó júntase con él, y brazo á brazo
Forcejando, los firmes piés se traban,
Se estrechan mas y mas; los duros petos
Crujen, y saltan aceradas piezas,
Y de los yelmos vuelan los penachos,
Y el pecho contra el pecho se quebranta;
Ó se desunen, y las lanzas toman
Y con horribles hotes se lancean,
Ó asiendo las espadas se traspasan.
Vosotros los que osáis á la espantosa
Pelea entrar sin las bronceas armas,
En vuestro escudo solo confiados
Grandes piedras tirad al enemigo
Y esparcidos pugnad, y agudos dardos
Lanzad en ellos, sin dejar lejanas
Las propias ballas de la amiga hueste.

IV.

Jóvenes, ¿hasta cuándo adormecidos
Y en ocio vil el pecho generoso?
Pudorosos, dejad los torpes brazos
De muelle livianidad, ¿no estáis oyendo
El alarido de la cruda guerra?
¿No véis entrar al áspero combate
Al fronterizo pueblo denodado?
¿Pensáis estar en dulce paz ahora?
La desolante guerra sus furores
Va por todas las tierras esparciendo
Vuela el ardiente joven á las armas
Y entre mortales ansias cuida solo
Teñir su espada en el contrario pecho,

§ 2. TEÓCRITO.

LOS SEGADORES.

MILON.

Trabajador gañan, ¿qué te sucede?
Cuitado, ni llevar surco derecho
Hora, como ántes, puedes ni ya siegas
Á par del compañero, mas dejado
Eres detras, cual res que en el rebaño
Del espinal los piés llagados tiene.
¿Cuál estarás, cuitado, al medio día,
Pues hora al comenzar, no vas tragando
El surco?

BATO.

Oh Milon! duro en el trabajo,
Duro como pedazo de una piedra,
¿No te avino el amar algun ausente?

MILON.

Nunca. ¿De los de fuera qué desea
El hombre que trabaja?

BATO.

¿No te avino
El velar por amor?

MILON.

Ni me suceda,
Difícil es al can comer el cuero.

BATO.

Pues yo, Milon, estoy enamorado
Casi once días ya.

MILON.

Sacas el vino
De cuba, y yo ni asaz vinagre tengo.

BATO.

Así, cabe mis puertas, sin simiente
Inculto todo está.

MILON.

¿De las doncellas
Cuál te atormenta?

BATO.

Aquella Polibota
Que hora en los segadores de Hipoconte
Tocaba el chiflo.

MILON.

Por el Dios hallado
Es el malo, y ya tienes lo que un tiempo
Deseaste; á tu lado por la noche
Tendrás una delgada calamaya.

BATO.

¿Comienzas tú á burlarme? no pues ciego
Es Pluton ciego, que tambien el mismo
Amor tranquilo, ni hables vanamente.

MILON.

No digo vanidad, y tú las mieses
Derriba, y di de tu doncella un canto
Amoroso, que así el trabajo aplace,
Pues fuistes ántes músico algun tiempo.

BATO.

Musas de Piezo, celebrad conmigo
Mi delicada ninfa, pues á cuantas
Tocáis, oh diosas, las hacéis perfectas.
¡Oh bella Bómby! todos la Soriana

Preciada y noble accion es la pelea,
Digna del generoso y fuerte joven
Que desprecia su vida en los combates
Por sus hijos, su patria y dulce esposa;
Ni en ofrecerse á las contrarias lanzas
Apresura su fin, inexorables
Los hados su destino señalaron.
Alzando el brazo la sangrienta espada
Cubierto el pecho del luciente escudo
Intrépido se arroja al enemigo,
En lo revuelto del combate fiero.
Nadie puede evitar la cierta muerte,
Ni el eterno decreto de los hados;
Aunque los dioses que el Olimpo moran
Hayan sido sus padres; muchas veces
Quien la sangrienta mortandad de guerra
Huyendo fué y el ruido de las lanzas,
Llegó al amado umbral despavorido
Hallando el fin que le fijara el hado.
Mas este no es amado por el pueblo
Ni su muerte sentida, sin ventura
De pocos es llorado; el varón fuerte
Que pugnando perdió la dulce vida
En toda la ciudad el pueblo todo
Le lamenta, y si vive, es celebrado
Como un héroe divino entre los hombres.
Alzan los ojos todos á mirarle,
Cual si miráran una aguda torre,
Pues con propio valor él solo hiciera
Grandes hazañas dignas de infinitos.

(Traducción de CONDE.)

¿Hasta cuándo en vil ocio? ¿Tan sufridos
Será, mancebos, que la Grecia os vea?
¿Cuándo alzaréis los ánimos caídos?
Ya la comarca toda que os rodea
Tiene Mavorte, ¿y la quietud infame
Pensáis ilusos que guardada os sea?
Á las armas volad, la trompa clame;
Quien no combata hasta dejar la vida
Que sufra la deshonra y vil se llame.
Á la lid por la patria, y la querida
Esposa, y por los hijos salga el fuerte,
Y alcance así la gloria merecida.

¿Por qué á los hados temerá? ¿La muerte
No va do quiera al decretado instante?
¿Cómo alejar la inevitable suerte?
Al campo, al campo, empuñe la pesante
Lanza, y junte valor bajo el escudo,
Y al trabarse la lid éntre delante.

Morir no huya: ¿del morir quién pudo,
Si ya de un númen inmortal descienda,
Al destino escapar fiero y sañudo?
¿Cuántos huyendo la marcial contienda
Y el silbo de los dardos, de su techo
Hallaron al umbral la muerte horrenda?
Muere el cobarde sin ningun derecho
De popular amor; murió el valiente
Y el pueblo gime en lágrimas deshecho.
Si de la lid se salva, reverente
Le acata semidios; y él sobresale
Descollando cual torre entre su gente,
Y en hazañas y ardor un pueblo vale.

(Traducción de CASTILLO Y AYENSA.)

Te llaman, y la flaca y abrasada
Del sol, pero yo solo la melada;
Y negra es la viola, y señalado
El jacinto, y con todo en las guirnaldas
Se ponen los primeros. Al citiso
Sigue la cabra, y á la cabra el lobo,
Al arado la grulla, y yo furioso
Á ti. Si hubiera yo cuanto se dice
Que un tiempo Creso habia, ambos dorados
Ante Afrodite fuéramos, teniendo
La flauta tú, la rosa ó la manzana,
Yo con vestido y con calzados nuevos
En los dos piés. Tus piés, ¡oh Bómbys bella!
Son blancos como dados, tu voz dulce,
Y de tu modo que decir no tengo.

MILON.

¡Con qué dulces canciones nos divierte
El segador! ¡Qué bien las armonías
Ha medido! Sin tiempo eres barbado.
Oye pues, del divino Lyticiersa:
Frutosa Ceres y espigosa, sea
Esta mies bien cogida, y abundante
Muy mas, ¡oh segadores! las manadas
Apartad, y no digan los que pasen:
Hombres, de higuera la merced perdióse.
Al cierzo miren los cortados haces,
Ó al céfiro que así la espiga crece.
Trilladores del tigre, huid el sueño
Del medio día, cuando mas la paja
Salta de las espigas. Los que siegan
Comiencen al moverse las alondras,
Y dejen el trabajo al acostarse,
Y hallen descanso en las ardientes horas.
¡Oh! qué buena es la vida de la rana,
Muchachos, que no cuida al que le presta
El beber, porque asaz ella lo tiene.
Mas bien te fuera, mayordomo ansioso,
Cocer lentejas, porque no te llagues
La mano, cuando partes el comino.
Esto deben cantar los que trabajan
En el calor del sol, mas tus amores
Dañosos, segador, cantar conviene
En la mañana, cuando está en el lecho
Tu desvelada madre con reposo.

EL CÍCLOPE.

No hay en contra de amor otro remedio,
¡Oh Nicia! ni de polvos, ni de unturas
Que las musas, cual creo; y este leve
Y dulce nace entre los mismos hombres;
Mas no es fácil de hallar, tú bien lo sabes
Médico siendo, y de las nueve Musas
Amado tiernamente. Así vivía
El Cíclope entre nos tranquilamente,
Polifemo el antiguo, cuando amaba
Á Galatea, y por la boca y sienes
El blanco bozo ya se descubría.
Amaba, y no con rosas y manzanas
Ó apios, sí con furias perniciosas,
Lo abandonaba todo, y muchas veces
Por sí mismas tornaron al cercado
Desde las verdes yerbas las ovejas.

Mas él se deshacia en las algosas
Playas, loando en canto á Galatea
Desde la aurora y dolorosa llaga
El corazón tenia, que la grande
Vénus le traspasó con su saeta
El hondo pecho; mas halló remedio,
Porque sentado sobre un alta peña
Y mirando hácia el mar esto cantaba.
¿Por qué abandonas, blanca Galatea,
Al tu amador, mas blanca que cuajada
Al mirar, y mas blanda que cordera,
Muy mas lasciva que novilla, y cruda
Mas que el áspero agraz: aquí tú vienes
Cuando me tiene el apacible sueño,
Vaste cuando me deja el dulce sueño,
Y huyes, cual la cordera al cano lobo.
Me enamoré de ti, doncella, cuando
Primera vez veniste con tu madre,
Y querias coger de las montañas
Las hojas de jacinto, y yo enseñaba
El camino: ni pude desde entónces
Ni despues, ni hora, descansar sin verte.
Mas tú no cuidas de esto, no, ¡por Jove!
Sé bien, doncella hermosa, por qué me huyes:
Porque en toda la frente se me extiende
Una ceja pelosa y dilatada
Hasta las dos orejas, y debajo
Un ojo solo tengo, y una larga
Nariz sobre los labios; mas yo siendo
Tal cual soy, apaciento mil ovejas,
Y la leche mejor que las ordeño
Bebo; ni el verano ni el otoño
Me falta el queso, ni en el fin de invierno;
Colmados siempre están los canastillos.
Aprendí á flautear, como ninguno
Aquí, entre los Cíclopes; y te canto
A ti, manzana dulce amada mía,
Y á mí mismo de noche, muchas veces
Á deshora. Y tambien para ti crio
Con sus collares once cervatillos,
Y cuatro cachorrillos de los osos;
Mas, vente á mí, que los habrá sin falta,
Y al mar verdoso herir la playa deja.
¡Qué dulcemente pasarás la noche
En la cueva conmigo! Allí laureles,
Allí los levantados acipreses
Están, la negra hiedra, los parrales
De dulce fruto, y las heladas aguas
Que de la blanca nieve del selvoso
Etna me vienen, divina bebida.
¿Quién quiere mas vivir entre las olas
Del mar? Si te parezco mas peloso,
Tengo encinosos leños, y debajo
De la ceniza no apagado fuego;
Sufriré que me abrases toda el alma,
Y aqueste mi ojo solo, que no hay nada
Mas dulce para mí. ¡Ay mé! ¡Si fuera
Parido de mi madre con aletas!
Porque, nadando adonde estás, la mano
Al ménos te besára, pues la boca
No quisieras. Llévate yo lirios
Blancos, y adormideras delicadas,
Que tienen siempre coloradas flores;
Unas en el verano, en el invierno

Nacen otras, que todas en un tiempo
No te podré llevar. Hora, doncella,
Aprenderé á nadar aquí si viene
Acaso un forastero navegante
Con su nave, por ver nuestra delicia
De morar en la hondura. Galatea,
Sal, y saliendo olvida (como ahora
Aquí sentado yo) tornar á casa;
Y gusta apacentar aquí conmigo,
Y la leche ordeñar, y apretar queso,
Mezclando el agrio cuajo. Sí, mi madre
Me agravió sola, y della me querello,
Jamás de mí te dijo cosa buena,
Y esto al verme mas flaco cada día:
Diré que la cabeza y los piés ambos
Me duelen, porque sienta, pues yo siento.
¡Ay Cíclope, Cíclope, do te fueron
Las mientes! Si tejiendo canastillos
Anduvieras, ó bien ramas podando
Para llevarlas á los corderuelos,
¡Quizá mejor parado tú estarias!
Á la presente ordeña: ¿por qué sigues
Á la que huye de ti, pues igualmente
Encontrarás con otra Galatea
Mas bella aun? De noche muchas mozas
Jugar quieren conmigo, y todas rien
Cuando las oigo, porque yo parece
Que soy algo en la tierra. Polifemo
Conllevaba su amor así cantando,
Y hacía muy mejor que si oro diese.

(Traducción de CONDE.)

LAS SIRACUSANAS,

Ó SEA LA FIESTA DE ADÓNIS.

Compuso Teócrito este cortó drama, á la imitación de un bufon de Sofronio, en una circunstancia en que la reina Arsinoá mandó que se celebrara solemnemente en Alejandría el aniversario de Adónis. Yo supongo que fué recitado en aquella fiesta, y que debió tener la popularidad que le merecía la inalcanzable naturaleza con que está escrito, y el ser un canto de circunstancia.

Idilio de Teócrito, traducido directamente del texto griego.

GORGON.	HOMBRE 1º
PRACSINOÁ.	HOMBRE 2º
UNA VIEJA.	UNA CANTORA.

GORGON.

¿Pracsinoá está?

PRACSINOÁ.

¡Gorgon querida!

Si estoy; ¿mas cómo tal tardanza?
Extraño que á esta hora hayas venido.
Eunoa, una silla y una almohada.

GORGON.

Muy bien, muy bien pensado.

PRACSINOÁ.

Toma asiento.

GORGON.

Á fuerza de tener de acero el alma,
De tal tropel de gente, Pracsinoá,
Y de tantas cuadrigas llevo salva.
Vieras qué de sandalias, qué de clámides
Obstruyen esas calles y esas plazas;
Luego el piso tan malo, y para colmo
Vives aquí tan léjos de mi casa.

PRACSINOÁ.

¿Qué quieres? aquel loco al fin del mundo
Me ha alquilado esta cueva por posada,
Porque no estemos cerca, y por su empeño
De llevar ¡mala peste! la contraría.

GORGON.

Tales cosas, amiga, no me cuentes
De Dinon, tu marido, ¿no reparas
Que está el niño presente? Mira, mira
Cómo escucha y en ti los ojos clava.

PRACSINOÁ.

Zopiro, ¿cómo aquí? Anda, vé y juega.

GORGON.

Sí, hijo, de papá no hablamos nada
(Es listo por mi fe); papá es bonito.

PRACSINOÁ.

Pues bien, aquel papá de que te hablaba,
Antes de ayer marchó (fresco es el lance)
Á comprar á la tienda, ¿y hay tal rabia?
En vez de nitro y fuco, sal me trajo,
Hombre con trece codos de fachada.

GORGON.

¿Y dónde dejas á mi buen Dioclidás?
¿Á ese derrochador? por siete dracmas
Ayer mismo compré cinco vellones
Como pelos de perro; es una lana
Que han arrancado de zurrónes viejos,
Tan sucia toda, en fin, toda una lástima.
Uno sobre otro afán. Mas ea, el justillo,
El manto luego, y á emprender la marcha
Al palacio del gran rey Ptolomeo
Á ver á Adónis: dicen que prepara
Esta fiesta la reina con tal lujo...

PRACSINOÁ.

Al rico la opulencia le acompaña.

GORGON.

Bien tendrás que contar al que no vea....
Mas ya es hora de ir.

PRACSINOÁ.

Para quien nada

Tiene que hacer, es siempre día de fiesta.
Eunoa, pon otra vez la palancana.
¡Remolona! los gatos, qué bien dice
El refran, buscan siempre cama blanda.
Lista, lista, el agua es lo primero:
Y ahora el jabon me trae, vaya en gracia;
Dame uno y otro: echa; no echas mucha:
Que me mojas la ropa, torpe, basta:
Es que estaba de Dios seguramente,
Y me has puesto muy bien, muy bien regada.
Y dime, ¿se extravió? ¿Qué es de la llave
Del cofre grande? tráela sin tardanza.

GORGON.

¿Sabes que te está bien ese vestido?

¿Qué te costó la tela?

PRACSINOA.

¡Ay! Gorgon, calla.

De plata me costó mas de dos minas (1);
Pero en la obra que lleva apuré el alma.

GORGON.

No obstante, te salió que ni pintado.

PRACSINOA.

Eso sí que es verdad. Pero, muchacha,
El manto ponme luego; el sombrerillo
Ajústamelo bien, que esté con gracia.
Hijo, á ti no te llevo: que un caballo,
¡Ay qué miedo! va dando tarascadas.
No quiero te estropeen. Lloro, sí, lloro.
Con que marchemos. Frigia, á ver si acallas
Á ese niño lloron; la perra adentro,
Y la puerta del atrio bien cerrada.
— ¡¡ Dioses!!! qué confusion! ¿cuándonicómo
Es posible cruzar? pues si eso pasma.
Hay gente como hormigas. Sin disputa
Desque murió tu padre, mil hazañas
Dignas has acabado, ¡oh Ptolomeo!
Hoy al viajero el malhechor no asalta,
Como era ya costumbre en todo Egipto.
Hoy no se ven jugar como jugaban
Á los juegos vedados los tahures
Pendencieros. ¡Mas ay! hácia acá avanza
El escuadron del rey. ¡Gorgon querida!
¿Qué va á ser de nosotras? ¡Desdichadas!
No me pises, buen hombre... ese caballo
Se enhiesta: ¿has visto tú cosa mas brava?
Eunoa, ¿y no huirás? ¡Perra atrevida!.....
Sobre que va á matar al que cabalga.
Cuánto gané dejando dentro al niño.

GORGON.

Respira, Pracsinoa; ten confianza.
Ya todo el escuadron pasó delante;
Segun la direccion van á la plaza.

PRACSINOA.

¡Ay! ya me empiezo á reponer: dos cosas
Me causaron horror desde la infancia,
Caballos y culebras; mas corramos:
Sobre nosotras el gentío carga.

GORGON.

¡Eh! madre, ¿quizá vienes de palacio?

UNA VIEJA.

De palacio, hija mia.

GORGON.

Y bien, la entrada

¿Es cosa fácil?

VIEJA.

Los Aqueos en Troya
Penetraron á fuerza de constancia.
Poniendo empeño se consigue todo,
Hermosísima jóven.

GORGON.

Ya la anciana

Escabullóse pronunciando oráculos.

PRACSINOA.

Todo lo saben las mujeres; hasta
El cómo Jove se casó con Juno.

(1) Moneda griega

GORGON.

Mira la muchedumbre allí agolpada
En torno de las puertas.

PRACSINOA.

Gorgon, dame,

Dame la mano: tú, Eunoa, afianza
La de Eutiquida (1): tú á ella,
Para que no te pierdas, vé pegada.
Todas entremos á la vez: Eunoa,
Á nosotras agárrate con alma.
¡Infeliz! mi vestido en dos jirones.
Por Dios, buen hombre, seas dichoso; guarda
Mi manto.

HOMBRE 1º

No está en mí; pero no obstante

Guardarélo.

PRACSINOA.

¡Qué gente y qué apiñada!

Se empujan como cerdos.

HOMBRE 1º

Respiremos;

En seguro ya estamos.

PRACSINOA.

¡Oh! bien hayas

Ahora y en adelante, buen amigo,
Pues tan benigneamente nos amparas.
Pero esta Eunoa que nos tiene en prensa.
Miserable de tí; empuja... avanza...
¡Qué lindo! *todas dentro*, dijo el otro
Con la novia encerrándose.

GORGON.

Ven, anda.

Contempla lo primero estos tapices.
¡Qué cosa tan graciosa y delicada!
Si parecen ropajes de los dioses.
¿De cuáles, oh Minerva soberana,
De cuáles bordadoras y pintores
Son pinturas tan fieles y acabadas?
Las figuras ¡qué sueltas se revuelven!
¡Con qué verdad y fuerza se destacan!
Sabio es el hombre, sí; nadie diría
Que obra de mano son, sino animadas.
Mira á Adónis, al muy querido Adónis,
Á quien en los infiernos tambien aman:
¡Cuán admirablemente está acostado
En su lecho magnífico de plata!
Mira cómo le apunta el primer vello.
¡De sus sienes con cuánta gracia arranca!

HOMBRE 2º.

Basta ya, majaderas; como tórtolas
Charlando están mil cosas sin sustancia.
Y luego ese decir, la boca abierta (2),
Es cosa que los tímpanos taladra.

GORGON.

Que me place: ¿de dónde salió ese hombre?

¿Qué te importa si somos charlatanas?

Á quien des de comer ordena: ¿acaso

En las que son de Siracusa mandas?

Sabe que oriundas somos de Corinto,

(1) Probablemente criada de Gorgon.

(2) Se alude al dialecto dórico usado en Sicilia, Peloponeso, etc., en el cual se hacía frecuente uso de la vocal *a*. Habiendo de escribir Teócrito este idilio en aquel dialecto, eligió acertadamente por interlocutoras á sus conciudadanas.

Del gran Belerofonte noble patria:
La lengua hablamos del Peloponeso,
Que en dorio sin rubor los Dorios hablan.

PRACSINOA.

Y yo puedo jurar por Proserpina
Que aun está por nacer quien sus esclavas
Nos llame, y ademas siendo uno solo
De él nada temo.

GORGON.

Pracsinoa, calla.

La hija de la Argiva, la tan hábil
Poetisa que la palma se llevó
Cantando de Sperkin la oda fúnebre
Á Adónis va á cantar, lo hará con gracia:
Estoy segura dello: atiende, atiende,
Que grave y satisfecha se prepara.

UNA CANTORA.

¡Oh Vénus hermosa! ¡oh reina del mundo!
Que el Gólgos é Idalio te dignas amar.
Que el Erice habitas, y excelsa y potente
¡Con juegos de oro te place jugar!
¡Oh Vénus la triste! á Adónis, tu amante,
¡Qué hermoso á tu lado hoy vuelves á ver!
Al año cumplido le traen del Averno
Las horas calladas, de dulce correr.

Las horas tardias que amaron los dioses,
Las horas calladas que el hombre anheló;
Que pasan y vuelven trayendo á los hombres
Sus nuevos presentes de dicha y dolor.

¡Oh Cipria Dionea! la que á Berenice
Colmaste de gracias, pues siendo mortal (1),
Segun nuestro mito, celeste ambrosia
Goteando en su seno, hiciste inmortal.

Su hija Arsinoa, imagen de Elena,
Á ti la de nombres, la de templos mil,
A ti agradecida, ofrece á tu Adónis
Con tierno cuidado regalos sin fin.

De cuanta en sus copas los árboles crian,
Dulcísima fruta cogida en sazón,
En lindos fruterios de plata labrados,
Del lecho de Adónis presenta en rededor.

Y en vasos dorados de puro alabastro
Ungüentos de Siria le lleva tambien;
Y buenos manjares le apresta mezclando
Con flores y aceite la arina y la miel.

Con caza del monte, con caza del viento
Á Adónis regala regalo el mejor,
Y bellos temples de enlodo le labra,
De sombra apacible, de grato frescor.

Y bajo del verde y espeso techado
Con suave susurro cupidillos cien,
Cual tiernos polluelos que ensayan sus alas,
De una en otra rama saltando se ven.

El ébano abunda; allí abunda el oro
En raras labores de ingenio sutil,
Y al bello copero de Jove llevando,
Las águilas vuelan de blanco marfil.
Riquísimos paños de púrpura penden
Que Samos, Mileto pasmáranse al ver.
Dos lechos adornan, el uno es de Vénus,
El otro del jóven hermoso doncel.

Su boca divina, sus labios de rosa
No sienten el beso, ni pueden besar.
Ten hoy á tu esposo, adios bella Cipria,
Disfruta á su lado tranquilo solaz.

Que así que despunte mañana la aurora,
Y el fresco rocío se sienta caer,
Con él marcharémos del mar á la orilla,
Do el agua y la espuma nos salte á los piés.

Y suelto el eabello, flotando á la espalda,
Las ropas abiertas y sin ceñidor,
Los pechos desnudos, allí alegrarémos
Con nuevos cantares al bello garzon.

¡Adónis querido! tú vas al Averno
Y luego á los hombres tú puedes volver.
Tú solo, ¡oh ventura! de los semidioses
Alcanzas la dicha y el alto poder.

Los héroes te envidian: no es tanta la gloria
De Ajax furioso, ni de Agamenon,
No es tanta la gloria del Héctor troyano,
De Hécuba la triste el hijo mayor.

No es tanto Patroclo, ni tanto fué Pirro
Aquel que de Troya lograra tornar;
Ni tanto los bravos, antiguos Lapitas
Que fieros centauros supieron domar.

No es tanta la gloria de los Deucaliones.
Tambien los Pelasgos envidian tu honor,
Aquellos que fueron del Peloponeso
Y de Árgos origen y eterno esplendor.

¡Adónis querido! pues hoy nos visitas,
Amante nos mira, propicio tambien,
Y dentro de un año volviendo á nosotras,
Felices, contentas nos tornes á ver.

GORGON.

¡Oh! qué mujer tan hábil, Pracsinoa.
Prodigio es de saber: ¡qué dulce canta!
Dichosa es sin igual; pero marchemos,
Que Dioclidás está sin tomar nada.

Es vinagre todo él, y si está hambriento,
Guárdate de ponerte cara á cara.
Adónis, sé feliz, y vuelve, vuelve
Á las que hoy te saludan y te aman.

(Traducción de D. Génaro Alenda.)

§ 3. ARENGAS POR LA CORONA.

Se refiere á la Narracion, lib. III, cap. 20.

Siendo las dos oraciones de Demóstenes y de Esquines por la corona las obras mas célebres de la elocuencia griega, y hasta de la clásica, no parecerá fuera de razon que les dediquemos algunas páginas. Expongamos ántes el argumento (1).

(1) Segun Cesarotti, de cuya traducción me sirvo, con la sola libertad de retocarlo donde me parezca.